ORAR: «TRATAR DE AMOR CON QUIEN SABEMOS NOS AMA» *La dinámica de la oración en Santa Teresa*

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v61i214.174>

PEDRO TOMÁS NAVAJAS*

Nos acercamos a Teresa de Jesús, la mujer que narra la alegría de Dios, para pedirle que nos enseñe a orar. Lo mismo hizo un día una anciana (cf. CV 30, 7)¹. Teresa, como buena pedagoga, en vez de darle recetas la invitó a entrar dentro de sí y a que le dijera cómo oraba. La anciana se resistía, pero al fin le confesó que oraba rezando el Padre nuestro. Teresa siguió preguntándole cómo lo rezaba. La anciana le explicó que decía *Padre* y se quedaba «algunas horas» asombrada ante el amor que encierra esa oración. Teresa solo pudo añadir a la anciana que, sin saberlo, ya tenía una oración contemplativa de muchos quilates. Tras despedirse, Teresa confesó que sintió «harta envidia» de aquella mujer.

La misma pedagogía utiliza Teresa con nosotros. Antes de decirnos nada, nos invita a mirarnos por dentro y a preguntarnos con sencillez y verdad cómo oramos. Quizás, sin saberlo, también nosotros tengamos una oración muy contemplativa. La oración es una sorpresa del Espíritu en la interioridad.

En este recorrido pedagógico, inspirado sobre todo en el libro de *Las Moradas*, Teresa habla desde la experiencia, no va a decir cosa «que en mí o en otras no tenga por experiencia» (CV Pról. 3). Así, pretende conectar con nuestra experiencia y despertar en nosotros el místico dormido que llevamos dentro:

Cuando el místico habla, hay en el fondo de la mayoría de la gente algo que imperceptiblemente le hace eco. Nos descubre una perspectiva maravillosa, lo mismo que cuando un artista genial produce una obra que nos sobrepasa, cuyo espíritu no logramos asimilar, pero que nos hace sentir la vulgaridad de nuestras precedentes admiraciones. Si la palabra de un gran místico halla eco en nosotros, ¿no será porque en nosotros hay un místico latente que espera tan solo una ocasión para despertar? (H. Bergson).

* Carmelita descalzo. Licenciado en Teología Bíblica. Director de la revista Orar y del CIPE (Centro de iniciativa de pastoral de espiritualidad). Profesor en la Facultad de Teología de Burgos y el CITEs de Ávila. Imparte cursos de espiritualidad relacionados con la oración. Ha publicado varios libros en la editorial Monte Carmelo.

1. Las citas de santa Teresa están tomadas de *Obras completas*, ed. T. Álvarez, Burgos 192004. Siglas: CE: *Camino de Perfección* (El Escorial); CV: *Camino de Perfección* (Valladolid); Cp: *Conceptos del amor de Dios*; Ct: *Cartas*; E: *Exclamaciones del alma a Dios*; F: *Libro de las Fundaciones*; M: *Las Moradas (Castillo interior)*; P: *Poesías*; R: *Relaciones*; V: *Libro de la Vida*.

El gran protagonista de su oración es el Señor. A los cincuenta años, con toda la intensidad de su madurez, Teresa confiesa en el libro de su Vida que toda su existencia es un canto a la misericordia del Señor: «No me parece os quedó a Vos nada por hacer para que fuera toda vuestra» (V 1, 8). Leer sus textos es rastrear el rostro del Señor, que está vivo en cada una de sus palabras. Por tanto, más que un relato de una mujer del siglo XVI, nos disponemos a leer un relato de las maravillas que hace el Señor, ayer, hoy y siempre.

Es importante que quien se acerque a Teresa de Jesús quiera caminar en la verdad. Aun valorando, y de qué manera, la oración, dirá que prefiere la verdad, porque «una persona que no vaya comenzando en verdad, yo más la querría sin oración» (V 13, 16).

Teresa de Jesús, frágil por su mala salud pero valiente por sus fuertes deseos, es capaz de engolosinar y de animar a muchos a iniciar o avanzar en el camino de la oración. Si nuestros tiempos son difíciles, los suyos también fueron «tiempos recios» (V 33, 5).

Vivió la oración como experiencia de amistad liberadora. Pudo explayarse a sus anchas. Quisieron cortarles las alas, pero ella no se echó para atrás. ¡Qué señorío tiene un alma que el Señor llega aquí! Querría dar voces para dar a entender qué engañados están. Y aun así lo hace algunas veces, y lluévenle en la cabeza mil persecuciones; tiénenla por poco humilde, y que quiere enseñar a de quien había de aprender, en especial si es mujer... porque no saben el ímpetu que la mueve» (V 20, 25).

No cabe duda de que su propuesta se dirige a personas valientes: «¿No basta, Señor, que nos tiene el mundo acorraladas e incapaces para que no hagamos cosa que valga nada por Vos en público, ni osemos hablar algunas verdades que lloremos en secreto, sino que no nos habíais de oír petición tan justa? No lo creo yo, Señor, de vuestra bondad y justicia, que sois justo juez, y no como los jueces del mundo, que como son hijos de Adán y, en fin, todos varones, no hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa. Sí, que algún día ha de haber, Rey mío, que se conozcan todos. No hablo por mí, que ya tiene conocido el mundo mi ruindad, y yo holgado que sea pública, sino porque veo los tiempos de manera que no es razón desechar ánimos virtuosos y fuertes, aunque sean de mujeres» (CE 4, 1).

HACIA LA INTERIORIDAD HABITADA

Teresa de Jesús comparte, con quien se acerca a ella, una experiencia pas-cual. Ve la oración desde la atalaya donde se ven verdades. Su propuesta es novedosa, tiene la fuerza de la experiencia. Saca la oración de los moldes viejos y la coloca en el horizonte de la verdad y de la amistad. Para ella, orar es «andar en verdad delante de la misma Verdad» (V 40, 3) y «tratar de amistad con quien sabemos nos ama» (V 8, 5).

La interioridad

La oración, lo dice sin cesar, acontece en la interioridad de cada uno. Para ello se inspira en la palabra de Jesús: «El reino está dentro de vosotros» (Lc 17, 21). La interioridad es ese lugar que prepara Jesús (cf. Jn 14, 2), donde somos amados. El amor es nuestra primera urdimbre. La oración es don escondido —«el roble está latente en el fondo de la bellota» (Ira Progoff)— y tarea. El lugar donde acontece el encuentro amistoso con Dios solo está en nuestro interior.

Este lugar siempre ha estado allí. Yo siempre supe que era la fuente de gracia. Sin embargo, no había sido capaz de entrar y vivir allí de verdad. Con mis sentimientos, emociones y pasiones, estaba constantemente fuera del lugar que Dios había elegido para hacer su morada (Nouwen, *El regreso del hijo pródigo*).

Teresa enseña con su vida este camino hacia la interioridad. Trató de acercarse a sí misma para entenderse. Buscó denodadamente quien la entendiera para saber quién era ella y quién era ese huésped del alma, que tanto le fascinaba. Necesitó saber quiénes eran los protagonistas de esta historia para entablar una relación de amistad con «quien sabemos nos ama» (V 8, 5). Todavía en el último año de su vida, cuando ya su salud estaba tan quebrada y tenía a las espaldas una gran experiencia como maestra en los caminos de la oración interior, escribe una relación de su vida y la pone en manos de su amigo, el obispo de Osma, Dr. Velázquez, para que le reafirme, con textos de la Escritura, si está caminando en la verdad. Desarma y emociona tanta humildad.

Teresa nos convoca a la interioridad. Estamos dentro de Alguien que nos abraza, y la puerta para entrar es la oración. «Consideremos que este castillo tiene muchas moradas... y en el centro y mitad de todas... tiene la más principal, que es adonde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma» (1M 1, 3).

La oración no es algo postizo, añadido a nuestra realidad de seres humanos. Tampoco es desencarnada, ni ajena al mundo y a lo humano.

Aprendizaje

¿Cómo entonar un canto a la interioridad? (cf. Mt 6, 1-18). Teresa nos da algunas pistas que podemos hacer nuestras:

1. *Cultivar la apertura.* O sea, estar abiertos a la presencia del Amigo que nos vive por dentro. Su consigna: «No nos imaginemos huecas por dentro» (CV 28, 10). La llave para entrar dentro la tiene cada uno. Nadie nos puede forzar a entrar dentro si nosotros no queremos.

2. *Entrar en un clima de confianza.* Como la de un niño, que no hace pactos con la mediocridad, que navega por los mares del abandono confiado. Solo podemos conocernos en el abrazo creador y amoroso que Dios nos da. «Jamás nos acabamos de conocer, si no procuramos conocer a Dios» (1M 2, 10). «Mirando su grandeza... su limpieza... su humildad» (1M 2, 9), descubrimos quiénes somos.

3. *Aceptar la ayuda de guías.* Pero que sean solo guías, y que ayuden. Teresa se dejó ayudar por muchos. Los dominicos le enseñaron el amor a la Palabra. Los jesuitas le ayudaron a discernir la experiencia. Los franciscanos le descubrieron el maravilloso mundo de la interioridad habitada. Los sacerdotes seculares, como Juan de Ávila, le mostraron el sentido eclesial, tan acentuado ya de por sí en ella. Los laicos le enseñaron lo que son las virtudes de raíz. La naturaleza le permitió entrar en el rico contenido de los símbolos. La vida, con sus mil lecciones, fue un libro abierto para ella. Ante tanto don recibido, le brotó la alabanza: «¡Bendito seáis vos, Señor, que tan inhábil y sin provecho me hicisteis! Mas aláboos muy mucho, porque despertáis a tantos que nos despierten» (V 13, 21).

Su consejo, a partir de la experiencia de andar tantas veces perdida, no tiene desperdicio: «Paréceme a mí que si yo tuviera con quién tratar todo esto, que me ayudara a no tornar a caer. Por eso, aconsejaría yo a los que tienen oración, en especial al principio, procuren amistad y trato con otras personas que traten de lo mismo. Es cosa importantísima» (V 7, 20).

Y lanza un guiño de complicidad agradecida a la palabra de los amigos: «Acaecerá tener en más una buena palabra —que así la llaman— y disponer más que muchas de Dios, para que después éstas quepan» (CV 20, 4).

4. *Dejarse ayudar por las preguntas, que rompen las cortezas y llevan a los adentros.* Por preguntas, que acontecen en los inicios: «¿Dónde estás?» (Gn 3, 9), «¿qué buscas?» (Jn 1, 38), «¿cuál es tu nombre?» (Mc 5, 9), «¿qué quieres que te haga?» (Mc 10, 51), «¿de dónde vienes y adónde vas?» (Gn 16, 8), «¿qué te pasa?» (Gn 21, 17). Preguntas, que ella misma se hará y nos hace: «¿Qué tales habremos de ser para que en los ojos de Dios y del mundo no nos tengan por muy atrevidas?» (C 4, 1).

5. *Descubrir la dignidad y belleza.* Para Teresa, la interioridad del ser humano no es algo oscuro, es una fiesta de luz y dignidad. A poco que nos acerquemos a sus escritos, comprobaremos cómo transmite una espiritualidad bella, positiva, ilusionante. Toda esta música es necesaria para no retroceder, porque, dice, «hay almas tan enfermas y mostradas a estarse en cosas exteriores, que no hay remedio ni parece que pueden entrar dentro de sí» (1M 1, 6). Y confiesa por propia experiencia que «terribles son los ardides y mañas del demonio para que las almas no se conozcan» (1M 2, 1).

Porque estamos habitados por Dios, merece la pena no perder el camino. Su grito de ánimo nos llega al corazón: «Ahora comenzamos y procuren ir comenzando siempre de bien en mejor» (F 29, 32). Y su lema, liberador, vale para todas las etapas del camino de la oración: «Lo que más os despertare a amar, eso haced» (4M 1, 7). Lo importante es que descubramos que Dios está empeñado en sacar de cada uno de nosotros el mejor tú «para que se conozca su grandeza y le alabemos en sus criaturas» (1M 1, 3).

EL ARTE DE NO CONTENTARNOS CON POCO

Teresa de Jesús no se contentó con poco. Se atrevió a desplegar, sin miedo, toda la riqueza que Dios puso en ella. No para ser grande o importante, sino para responder con fidelidad a los dones de Dios. Con su palabra pretende engolosinarnos para que «no nos pongamos en poco y nos gloriemos en nuestra gloria», en expresión de Juan de la Cruz.

«La verdad de cuando niña» (V 3, 5)

En su interioridad habitada escuchó muchas veces los llamamientos del Señor, que la empujaron a llevar adelante el proyecto de vida que Dios, en su designio de amor, tenía para ella. Desde los primeros pasos del camino supo que su vida tenía una dimensión de eternidad, «para siempre, siempre, siempre. En pronunciar esto mucho rato era el Señor servido me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad» (V 1, 4). Aun andando muy perdida, nunca olvidó que la solución era volver a la verdad primera.

Teresa, que tuvo claro que el destino de su vida era cumplir la voluntad de Dios, nos invita ahora, estemos donde estemos, a regresar a la verdad primera de nuestra vida y a decir con ella: «Aquí está mi vida... aquí está mi voluntad» (V 21, 5). Esta música, que ha resonado constantemente en nuestros oídos en este año del V centenario de su nacimiento, es la mejor manera de no contentarnos con poco: «Vuestra soy, para Vos nací. ¿Qué mandáis hacer de mí?» (P 2).

No olvidemos que Teresa narra aquí una experiencia pascual y que lo hace con enorme fuerza. Sus palabras pueden agitar nuestras aguas tranquilas y vencer las dificultades que nos impiden avanzar por la senda de la oración. En uno de sus textos antológicos proclama: «Digo que importa mucho, y el todo, una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo» (CV 21, 2).

«¿Cómo labrar un tan precioso edificio?» (2M 7)

Teresa se pregunta cómo tomar conciencia de la interioridad, qué hacer para lograr habitarla. Y nos lo pregunta a nosotros. Tiene presente lo que a ella le costó esa vuelta, conversión, a la oración interior, a habitar la propia casa. No debe extrañarnos que nos cueste. Nos dice que «deseaba vivir que bien entendía yo que no vivía» (V 8, 12), que «andaba mi alma cansada y, aunque quería, no la dejaban descansar las ruines costumbres que tenía» (V 9, 1). No le fue fácil habitar su interioridad, porque, como ella dice, «mudar costumbre es muerte» (Ct 38, 4) estaba acostumbrada a mirarse más en el espejo de las afueras que en el espejo de la interioridad. Necesitó encontrar «razones para vencer» (2M 5).

Necesitó, y mucho, la ayuda del Espíritu —«algún día vendrá un viento fuerte que te coloque en tu sitio» (León Felipe)— y la de las gentes con espíritu, de los amigos, pues «gran mal es un alma sola, entre tantos peligros» (V 7, 20). Abundan los textos en los que destaca esto. Para nosotros, son pistas para no perder el camino. «No sé cómo encarecer la importancia de los amigos» (V 7, 21); «está todo el medio de un alma en tratar con amigos de Dios» (V 23, 4); «en los tiempos difíciles son necesarios los Amigos fuertes de Dios» (V 15, 5); «juntos andemos» (C 21, 6); «¡qué gran cosa es entender un alma!» (V 23, 17).

Nos acercamos a Teresa para descubrir que lo que ella vivió también lo podemos vivir nosotros. Nos da algunas pistas para ello.

1. *Lucha*. Teresa dice: «Entrad en lo interior; pasad delante de vuestras obrillas» (3M 1, 6), y también señala que «no podemos entrar en el cielo sin entrar en nosotros: es desatino» (2M 11). Pero «¿quién nos despertará a amar a este Señor?» (2M 11). ¿Quién nos ayudará a entrar dentro de nosotros? Porque hay voces contrarias, fuera y dentro de nosotros, que nos impiden la entrada. «Llevamos tierra en los ojos» (1M 2, 14), «no tenemos aún determinación» (2M 2), nos dice Teresa. La opción por la interioridad, donde tiene lugar la oración interior, no es fácil. Sin embargo, para todo ser humano es de vital importancia aprender a ser y dar, en los adentros, con las fuentes de la vida. «No es menester poco ánimo para no tornar atrás, sino muy mucho y mucho favor de Dios» (V 11, 4).

Teresa se animó, y nos anima, a vencer los miedos cantando, porque «Dios es amigo de ánimas animosas» (CV 23, 4). Supo que solo el Señor sería capaz de liberarla del obstáculo más profundo: «Sea el Señor alabado que me libró de mí» (V 23, 1).

Pero no nos asustemos. Aunque Teresa habla de lucha, habla también de hacer las cosas con «suavidad y sin ruido» (V 13, 6). «Procúrese a los principios andar con alegría y libertad» (V 13, 1); «no se negocia bien con Dios a fuerza de brazos» (V 15, 6). No es cuestión de pretender ir más de prisa que la gracia; nadie se hace santo en un día. Con una gran sabiduría, indica Teresa cómo hemos de andar en esto de recogernos para habitar nuestra interioridad donde nos espera el Amigo verdadero: «No ha de ir a fuerza de brazos el comenzarse a recoger, sino con suavidad, para que podáis estar más continuamente» (2M 10).

2. *La prueba del amor*. Seguramente, hemos dado algunos pasos en el camino de la oración y de la vida. Es mucho, pero «¿está ya todo hecho?» (3M 1, 8), se pregunta Teresa. Y responde diciendo que no, que queda lo más importante: «Hacer su voluntad conformar con la de Dios» (2M 8). Teresa nos empuja a ponernos en éxodo, a salir de nuestras obrillas. A Dios no le indicamos el camino, es Él quien nos lo marca. El amor, que se vive en pasiva (cf. 1 Jn 4, 10), nos llama a una nueva identidad, más allá de «madriguerras y nidos» (Lc 9, 58).

Teresa, sentada en el taburete de cuatro patas sin respaldo desde donde compartía la enseñanza con sus hermanas carmelitas descalzas, sigue dialogando con nosotros: ¿Por qué no avanzamos en el camino? Y, rápidamente,

responde: «Porque no queremos nosotros... Somos tan caros y tan tardíos de darnos del todo a Dios, que, como Su Majestad no quiere goce de cosa tan preciosa sin gran precio, no acabamos de disponernos» (V 11, 1).

Y nos regala una súplica preciosa y confiada con la que podemos invocar al Señor en muchos momentos: «Pruébanos, tú, Señor, que sabes las verdades, para que nos conozcamos» (3M 1, 9).

3. *El camino de la confianza*. Teresa nos dice que el camino hay que andarlo con confianza: «Confíen en la misericordia de Dios y nonada en sí, y verán» (2M 9), y sin desanimarse: «no os desaniméis si alguna vez cayereis, para dejar de procurar ir adelante» (2M 9). Tiene presentes dos encuentros con Jesús: uno, el del joven rico (cf. Mt 19, 16-22) y otro, el de Pablo de Tarso (cf. Hch 9, 1-25). El joven tenía una vida modélica entre las manos, esperaba el premio. Cuando Jesús le pidió que lo dejara todo y le siguiera, le volvió la espalda y se fue triste. Pablo, sin embargo, dejó atrás el camino de la ley y emprendió decidido, junto a Jesús, el camino de la gracia.

Y lo más importante que nos dice Teresa: no olvidemos que es el Señor el que obra en nosotros. Conviene no olvidar esto en todo el camino. El Señor no tiene atadas las manos. «Siempre oímos cuán buena es la oración, y no se nos declara más de lo que podemos nosotros; y de cosas que obra el Señor declárase poco» (1M 2, 7).

ATREVEOS CON LO NUEVO

Teresa de Jesús fue plenamente consciente de que, en un momento de su vida, le nació una nueva realidad en su interioridad. A su manera, siempre genial, lo dijo con estas palabras: «Es otro libro nuevo de aquí adelante, digo otra vida nueva. La de hasta aquí era mía; la que he vivido desde que comencé a declarar estas cosas de oración, es que vivía Dios en mí... Sea el Señor alabado que me libró de mí» (V 23, 1).

Le había nacido, gratuitamente, a deshora, «un sentimiento de la presencia de Dios que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí o yo toda engolfada en Él» (V 10, 1). Dios se le apareció en el camino, se le descubrió metido de lleno en su vida, engolfado en ella.

Este descubrimiento cambió su modo de orar y de vivir. Ella «tenía este modo de oración: que procuraba representar a Cristo dentro de mí» (V 9, 4). Tanto desde su modo de orar, como desde la experiencia fuerte que tuvo en su vida, nos hace una propuesta concreta: «Representar al mismo Señor junto con vos y mirar con qué amor y humildad os está enseñando. Y creedme, mientras pudieseis no estéis sin tan buen amigo» (CV 26, 1).

Lo podemos intentar ahora mismo nosotros. Nos da más pistas para ello. Nos dice que eduquemos la mirada, que miremos a Jesús y que acojamos, en nuestra mirada, la suya; que nos eduquemos en la escucha al Amigo, que es-

temos «cabe el Maestro» (CV 24, 5), porque «bien habla al corazón cuando le pedimos de corazón»; que eduquemos nuestra capacidad de entrega a quien se nos da por entero, para, así, «darnos del todo al Todo» (CV 28, 12); que eduquemos nuestra capacidad de presencia para estar con quien nunca nos abandona: «procurad tener compañía. Pues ¿qué mejor que la del mismo maestro que enseñó la oración que vais a rezar?» (CV 26, 1).

Nacer de nuevo

A Teresa le gustaba iluminar y apoyar su pensamiento con textos de la Escritura. También nosotros lo hacemos. Nos servimos de un texto que habla de Nicodemo, un fariseo que tenía la vida perfecta, y que fue de noche a ver a Jesús y se encontró con estas palabras sorprendentes de Jesús: «No te extrañes de que te haya dicho: Tenéis que nacer de nuevo. El viento sopla donde quiere y oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene y adónde va. Así es todo el que ha nacido del Espíritu» (Jn 3, 7-8).

¡Nacer de nuevo! Esta es la cuestión. Esta es la finalidad de la oración, que nos propone Teresa de Jesús.

Para Teresa, la novedad no es una idea, es una persona. Jesús es lo nuevo, es el novio con el que quiere vivir la vida. Teresa no escribe para gente concertada. Si somos de éstos, busquemos otros compañeros de viaje. Ella escribe para gente que se quiere jugar la vida en la amistad con Jesús.

Lo nuevo siempre tiene que ver con el amor. La novedad es el amor. La pregunta atrevida: «¿Dónde está tu hermano?» (Gn 4, 9), la lee Teresa en clave de amor: «No está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho; y así lo que más os despertare a amar, eso haced» (4M 1, 7). El reto de lo nuevo siempre viene del Espíritu.

¿Cómo prepararnos para lo nuevo?

Según confesión de Teresa, «como nunca nos determinamos» (F 2, 7) no dejamos que Dios nos haga de nuevo. Parafraseando el evangelio, «Él tocó la flauta, pero nosotros no bailamos» (Mt 11, 16-17) y, por ello, no vimos los paisajes que todavía no existen.

¿Y las pruebas de la vida? Con preguntas como éstas dialogan las monjas con la Madre Teresa. Son las mismas preguntas que se plantea cada uno de nosotros y que se encuentran flotando en el ambiente. ¿Cómo puede haber novedad estando, como estamos, tocados por tantas limitaciones? Teresa viene corriendo, desde la atalaya donde otea el horizonte, para exhortarnos a no tener miedo, puesto que las pruebas son eso, «cosillas en que podemos entender si estamos señores de nosotros mismos» (3M 2, 6). Los problemas no pueden ser ignorados o disimulados, pero sí pueden ser mirados desde otras perspectivas, incluso con humor.

Por otra parte, está la humanidad, siempre viva en la mirada amplia de Teresa. Y la humanidad siempre está a la espera de que se manifieste la novedad de los hijos de Dios, ansía un audaz testimonio profético que dé respuesta a las urgencias de un mundo en el que parece haberse perdido el rastro de Dios y de la dignidad del ser humano. Los que tienen hambre y son perseguidos, los que son ninguneados en las pateras del mundo, los que han perdido los símbolos y andan perdidos, necesitan la novedad de Dios para no eliminar de su corazón la esperanza.

He aquí algunas pistas que da Teresa:

1. *Hacernos como niños*. Teresa dice que, para prepararse para lo nuevo, hay que «*tornar a ser niño y a mamar*» (V 13, 15). Es la forma que tiene Teresa de traducir la enseñanza de Jesús: «Si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos» (Mt 18, 3). Hacerse como niños es recuperar los tiempos perdidos y volver a la ingenuidad de quien estrena la vida. Si tenemos conciencia de haber perdido mucho tiempo, podemos orar con esta preciosa oración que nos regala Teresa: «Recuperad, Dios mío, el tiempo perdido con darme gracia en el presente y porvenir, para que parezca delante de Vos con vestiduras de bodas, pues si queréis podéis» (E 4, 2).

2. *Dar con la valentía del Espíritu* (cf. Hch 4, 31). El ánimo es otra de las estrategias que Teresa señala para nacer de nuevo. Ella supo mucho de esto. Muchos enemigos amenazaron su libertad, pero no pudieron con ella. «Tomaba una cruz en la mano y parecía verdaderamente darme Dios ánimo, que yo me vi otra en un breve tiempo, que no temiera tomarme con ellos (los demonios) a brazos, que me parecía fácilmente con aquella cruz los venciera a todos» (V 25, 19). Teresa anima a percibir las dificultades como un dato a incorporar a nuestra verdad y crecer en confianza.

3. *Desculpabilizar* (cf. 1 Cor 13, 5). No hay novedad sin perdón. Teresa es experta en este arte. «Y cuando viéramos alguna falta, sentirla como si fuera en nosotras y encubrirla» (5M 3, 11).

4. *Recorrer los caminos de la confianza*. «De su misericordia jamás desconfié, de mí muchas veces» (V 9, 7). Con esto está dicho todo.

5. *Tomar la vida agradecidamente*. En el alma y en la pluma de Teresa florecieron un sin fin de «*benditoseas*». Son oraciones que le brotan desde la vida. También le gusta echar bendiciones a las gentes que la rodean. La oración genera bendiciones. «Sea bendito por todo, que he visto claro no dejar sin pagarme, aun en esta vida, ningún deseo bueno» (V 4, 10).

6. *Danzar el gozo de Dios* junto con hermanos y hermanas, en los brazos de la gracia con la música universal del amor. Teresa se encontró con este versículo del salmo: «Cum dilatasti cor meum (cuando ensanchaste mi corazón)». Y habló de los gustos o de los gozos que «comienzan de Dios y siéntelos el natural y goza tanto de ellos» (4M 1, 5).

La llegada del Señor

¿Cómo tener el corazón lo suficientemente grande como para vivir en él la relación con Dios? ¿Cómo asumir con humildad y confianza los episodios de nuestra vida? ¿Cómo dejar que se introduzca Dios en el tejido de nuestra historia personal? ¿Cómo pasar de egocéntricos a personas que cultivan la espiritualidad de la comunión? La oración no es para vuelos cortos.

¿Cómo entrar en una locura de amor? ¿O por qué no entramos? Teresa viene a darnos respuesta: «No está aún el amor para sacar de razón; mas querría yo que la tuviésemos para no nos contentar con esta manera de servir a Dios, siempre a un paso paso, que nunca acabaremos de andar este camino» (3M 2, 7).

Con la llegada del Novio entramos en un universo de nuevas significaciones. «Estoy a la puerta llamando: si alguien oye y me abre, entraré y comeremos juntos... lo sentaré en mi trono, junto a mí» (Ap 3, 20-21).

En tiempos difíciles, el pueblo de Israel aprendió a «ensanchar el espacio de la tienda» (Is 54, 2). Teresa supo lo que es estar a la espera de una presencia, con el silencioso deseo de una comunión, porque «es muy bueno este Bien nuestro» (3M 2, 5).

Nuevos pasos: aprender a decir tú

Teresa propone pedir ayuda para entendernos. Dice que «por la mayor parte, todas las inquietudes y trabajos vienen de este no nos entender» (4M 1, 9), y que «no es bien que por los pensamientos nos turbemos ni se nos dé nada... tengamos paciencia» (4M 1, 11). Aconseja dialogar con los hermanos de la Iglesia para animarnos y vencer los miedos: «Con su vuelo nos atrevemos a volar, como los hijos de las aves cuando se enseñan, que aunque no es de presto dar un gran vuelo, poco a poco imitan a sus padres» (3M 2, 12).

Es la hora de comprender el protagonismo de Dios. Entramos en un dilema: o nos abrimos al misterio que se nos echa encima o seguimos por el camino de los esfuerzos personales.

Comienza la confianza fundamental, la que proviene de mirarnos en tú amoroso: «Mira que te mira» (V 13, 22), nos dice Teresa invitándonos a poner los ojos en el Tú. Comienzan las «cosas espirituales» (4M 1, 1), nos allegamos «adonde está el Rey... y hay cosas tan delicadas que ver y que entender» (4M 1, 2).

Todo lo de Dios es gratuito (cf. Mt 20, 13). «Me venía a deshora un sentimiento de la presencia de Dios» (V 10, 1). Aquí se generan estilos de vida en gratuidad. Nada se nos queda entre las manos.

Y nace un nuevo modo de orar. Hasta ahora hemos buscado al Señor con nuestro esfuerzo, a base de «discurrir con el entendimiento y la meditación» (4M 1, 6). Ahora tenemos que dar cabida a otro estilo de orar que responda a la experiencia que tenemos del amor del Señor. Entramos en un estilo de gratuidad. Es oración por iniciativa de Dios en el orante, es lo que Dios hace.

Teresa nos invita a la alabanza: «Acertarían en ocuparse un rato en hacer actos y en alabanzas de Dios y holgarse de su bondad y que sea el que es, y desear su honra y su gloria. Esto como pudiere, porque despierta mucho la voluntad» (4M 1, 6).

AL AIRE DEL ESPÍRITU

«El Espíritu Santo te ama» (R 13). Este es el precioso pórtico que nos regala Teresa para aceptar la amistad del Espíritu, el que recuerda los amores. «El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que escudriña los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu, y que su intercesión por los santos es según Dios» (Rom 8, 26-27).

Teresa se puso al aire del Espíritu y le nació la capacidad de soñar a lo grande para llegar a «la libertad de espíritu», «sin amilantar los pensamientos» (V 13, 5.7). Siempre supo que era Dios quien tomaba la iniciativa, que ninguna realidad, por difícil que fuera, le ataba a Dios las manos. Le emocionó comprobar, una y otra vez, que era Dios el que buscaba el encuentro, la comunión con nosotros. «Tanto me esperó», dice emocionada en el prólogo del libro de su vida, como si fuera el estribillo de toda su vida.

El ingreso en la experiencia mística no está marcado por un cambio de conducta ética por nuestra parte. La actuación de Dios es totalmente gratuita. No se debe a nuestro esfuerzo. Tiene lugar «cuando Dios quiere hacer esta merced» (4M 3, 3). Esto es algo que no debemos olvidar.

El Espíritu, presente y activo en todo el camino, se anticipa a nuestras iniciativas y va más allá de nuestras lógicas. «Yo no puedo persuadirme a industrias humanas en cosas que parece puso Su Majestad límite y las quiso para Sí» (4M 3, 5). ¡Qué lucidez de Teresa para darnos luz y enseñarnos a andar en verdad!

Los caminos de Dios son asimétricos. Tenemos que aceptarlo sin envidia y sin devanarnos los sesos preguntándonos cómo es posible tal conducta, nos dice Teresa. Así lo muestran los casos de Pablo, María Magdalena, santos tan queridos por ella. Y las parábolas de la oveja perdida, del hijo pródigo... Dios se adelanta, no soporta la espera, acosa amorosamente. Dios, dándose, nos provoca «para darnos a Su Majestad con la determinación que Él se da a nosotros» (CV 16, 9). La vida nueva es una obra de un nuevo tipo de gratuidad amorosa por parte de Dios: «Comienza de Dios y acaba en nosotros» (4M 2, 4). ¡Qué maravilla!

El regalo de la comunión

Teresa invita a poner los ojos en el Espíritu, que recoge en la interioridad «con un silbo tan suave, que aun casi ellos mismos no le entienden, hace que conozcan su voz y que no anden tan perdidos, sino que se tornen a su morada» (4M

3, 2). La interioridad es el regalo que nos da el Espíritu para cultivar la oración interior en clave de amistad.

El Espíritu regala la creatividad. En lo más hondo de nosotros, deja sentir su presencia, y lo hace como luz y calor. «Veo secretos en nosotros mismos que me traen espantada muchas veces. ¡Y cuántos más debe de haber! ¡Oh Señor mío y Dios mío!, qué grandes son vuestras grandezas» (4M 2, 5).

El Espíritu nos mete en la comunión; nos introduce en la gracia de ser amados, nos enseña a valorarnos desde el don de Dios, nos propone como estilo de vida el camino de la confianza creativa; nos cita en el misterio. El Espíritu nos da su inspiración para ir más allá de nuestras expectativas. «Entiende una fragancia como si en aquel hondón interior estuviese un brasero adonde se echasen olorosos perfumes» (4M 2, 6).

La humildad es necesaria para distinguir las cosas y poder alabar al Señor. «La humildad ayuda a recibir los dones, a entender lo que llevamos de gracia: Por la humildad se deja vencer el Señor a cuanto de él queremos, y lo primero en que veréis si la tenéis, es en no pensar que merecéis estas mercedes y gustos del Señor ni los habéis de tener en vuestra vida» (4M 2, 9). «En la perseverancia en saber recibir del Señor está todo nuestro bien» (4M 3, 9).

A nosotros, dice Teresa, nos toca «pedir como pobres necesitados... y luego bajar los ojos y esperar con humildad. Cuando por sus secretos caminos parece que entendemos que nos oye, entonces es bien callar, pues nos ha dejado estar cerca de él» (4M 3, 5). Alábele mucho quien esto entendiere en sí, porque es muy mucha razón que conozca la merced, y el hacimiento de gracias por ella hará que se disponga para otras mayores» (4M 3, 4). Y «si una vez nos hace el Señor merced que se nos imprima en el corazón este amor serenos ha todo fácil» (V 22, 14).

El símbolo

¿Cómo decir esto que vive y propone Teresa? ¿Con qué símbolo expresarlo? Teresa de Jesús es una gran creadora de símbolos. Los necesita para decir lo que hace Dios en nosotros. Los símbolos convocan, refuerzan, unen, atraen. El gran símbolo es el credo, que une y abraza a muchos. La fe es la fiesta de la relación. Por el contrario, el diábolo es el que separa, divide, enfrenta, mata la vida, trunca los sueños de Dios en el ser humano.

Los símbolos son pequeños, pero no por eso dejan de ser significativos. Dice Teresa que «en cada cosita que Dios crió hay más de lo que se entiende, aunque sea una hormiguita» (4M 2, 2). ¡Y cuánto aprendió ella de la creación!

A Teresa le encanta el símbolo, tan bíblico, del agua: «De sus entrañas manarán torrentes de agua viva» (Jn 7, 38). Habla de dos fuentes: una simboliza el esfuerzo por regar el huerto, viene el agua con ruido, a través de los arcaduces; la otra fuente tiene su origen en Dios. Es la que interesa destacar. Llega un momento en que la oración nace del manantial de Dios, que habita nuestra inte-

rioridad: «Estotra fuente, viene el agua de su mismo nacimiento, que es Dios... Y así cuando Su Majestad es servido... produce con grandísima paz y quietud y suavidad de lo muy interior de nosotros mismos» (4M 2, 4).

Una nueva forma de vernos

Una oración nueva nos lleva a vernos de forma nueva. Somos «como un niño que comienza a mamar» (4M 3, 10). La acción de Dios se descubre en los frutos, «en los efectos y obras de después se conocen estas verdades de oración, que no hay mejor crisol para probarse» (4M 2, 8).

Nace en nosotros una manera de pensar y de amar nuevas. Nos dejamos enseñar por Dios: «en esta obra de espíritu, quien menos piensa y quiere hacer, hace más» (4M 3, 5). La presencia de Dios educa nuestros pensamientos, limpia nuestros diálogos interiores. Salimos a la vida con más capacidad de relación, que es lo que el mundo necesita.

Comienza un viaje hacia lo desconocido. Para ir a tierras no sabidas hay que ir por caminos no sabidos. Son los caminos de la fe, los que recorrieron Abrahán (cf. Gn 12, 1) y todos los testigos y amigos de Dios en la historia.

La persona encuentra más libertad. Dice Teresa que los que oran así «no están tan atados como antes en las cosas del servicio de Dios, sino con mucha más anchura» (4M 3, 9). Nos encontramos con «un dilatamiento o ensanchamiento en el alma» (4M 3, 9).

Se da un abandono confiado: «Suyas somos, hermanas; haga lo que quisiere de nosotras; llévenos por donde fuere servido... Sea por siempre alabado y bendito. Amén» (4M 2, 10).

NACIDOS PARA VOLAR

«A los que vuelan como águilas con las mercedes que les hace Dios» (V 39, 12). Así ve Teresa a quien vive consciente de la presencia de Dios en su interior. Volar es amar para ser hijos del Padre (cf. Mt 5, 44-45). «Es tan grande (el amor) que Su Majestad nos tiene, que en pago del que tenemos al prójimo hará que crezca el que tenemos a Su Majestad por mil maneras. En esto yo no puedo dudar» (5M 3, 8). El Espíritu mantiene viva en la interioridad la sed, la búsqueda: «El alma tiene sed» (Sal 41). El ser humano ha sido llamado por Dios para vivir en plenitud; «la gloria de Dios es que el hombre viva» (san Ireneo).

Teresa invita a entrar en las grandes convicciones de fe, en las grandes certezas liberadoras, para que las dificultades del camino no hagan que se nos caigan las alas. Entre las dificultades que ella encontró está, sorprendentemente, la contradicción de los buenos: «Porque contradicción de buenos a una mujercilla ruin y flaca como yo y temerosa, no parece nada así dicho, y con haber yo pasado en la vida grandísimos trabajos, es éste de los mayores» (V 28, 18).

Dios es amigo de dar

En la interioridad, Dios es amigo de dar: «Llévome el rey a la bodega del vino» (Ct 2, 4; 3, 2).

¿Con qué Dios tratamos?, nos pregunta Teresa. El Dios que ha apasionada a Teresa —«muchas veces he pensado espantada en la gran bondad de Dios» (V 4, 10)—, es el protagonista de su vida. En la línea del salmista, que proclama: «Tus torrentes y tus olas me han arrollado» (Sal 41), Teresa confiesa que la experiencia de Dios «es sobre todos los gozos de la tierra y sobre todos los deleites y sobre todos los contentos y más» (5M 1, 6). Nuestra vida es obra suya. Él construye nuestra vida en el silencio, para resaltar que todo es obra de sus manos. Dios no es solo el destinatario de nuestro amor, sino el protagonista de nuestro amor.

Teresa viene a nosotros con la experiencia del misterio de Dios. Su palabra es confesional: «no me parece os quedó a Vos nada por hacer» (V 1, 8); su palabra es dolorida: «pues podemos gozar del cielo en la tierra, que nos dé su favor para que no quede por nuestra culpa y nos muestre el camino y dé fuerzas en el alma para cavar hasta hallar este tesoro escondido» (5M 1, 2); su palabra es esperanzada: «Dios no imposibilita a ninguno para comprar sus riquezas; con que dé cada uno lo que tuviere, se contenta» (5M 1, 3).

El gusano de seda y la mariposica blanca

Dice Teresa a sus hermanas que «aunque todas somos llamadas a la oración y contemplación... pocas nos disponemos para que nos las descubra el Señor» (5M 1, 2). La herejía más grande que nos puede asaltar hoy es pensar que Dios no tiene poder para cambiarnos, que no puede hacer algo de verdad en nuestra interioridad, que somos así y que no hay quien nos cambie. ¿Cómo lanzarnos a vivir la experiencia que tan bien recoge Juan de la Cruz: «Matando, muerte en vida la has trocado»? (San Juan de la Cruz).

Teresa quiere hacerse entender: «¿Cómo os podría yo decir la riqueza y tesoros y deleites que hay?» (5M 1, 1). Y casi se da por vencida, al no encontrar respuesta: «Creo que fuera mejor no decir nada, pues no se ha de saber decir» (5M 1, 1). Sin embargo no deja de intentarlo. Así son los místicos.

Cuando Teresa va a Sevilla queda maravillada al ver el proceso del gusano de seda. Este símbolo le sirve para comunicar lo que ella está viviendo, lo que decía Jesús: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12, 24). Nosotros somos los encargados de dar muerte a lo que en nosotros no tiene vida, como hace el gusano que «comienza a labrar la seda y edifica la casa adonde ha de morir. Esta casa querría dar a entender aquí, que es Cristo» (5M 2, 4). ¡Ánimo y a la tarea!, anima Teresa: «Pues ¡jea!, hijas mías, prisa a hacer esta labor y tejer este capuchillo, quitando nuestro amor propio» (5M 2, 6).

Todo es para la vida. El paso por la muerte es para renacer a otra manera de vivir, con horizonte nuevo, con psicología nueva, con nueva apertura a lo transcendente, con insaciable apetencia de más vida. Todo el proceso está envuelto en alegría (cf. Jn 16, 21).

«No habremos acabado de hacer en esto todo lo que podemos, cuando este trabajo, que no es nada, junte Dios con su grandeza y le dé tan gran valor que el mismo Señor sea el premio de esta obra» (5M 2, 5).

Diseño de la persona nueva

La persona nueva ya no se espanta de las grandezas de Dios. Ya no hace ejercicios de supervivencia, ni ignora la situación; no busca explicaciones sin fin eternizándose en el discurso. Ahora cree, se abandona en los brazos de ese Dios, que tanto espera y al que no le queda nada por hacer para que seamos suyos (cf. V 1, 8). Todo lo que hace Dios es para la vida.

La persona nueva tiene alas para volar. Hemos sido creados capaces de Dios. «¡Oh grandeza de Dios!, y cuál sale una alma de aquí, de haber estado un poquito metida en la grandeza de Dios y tan junta con Él» (5M 2, 7).

La persona nueva alaba y bendice a Dios. Algo insospechado ha acontecido en ella. «La misma alma no se conoce a sí... Vese con un deseo de alabar al Señor» (5M 2, 7). «Entendiendo ya por experiencia cómo ayuda el Señor y transforma un alma, que no parece ella ni su figura» (5M 2, 8).

Antes solo se acordaba de sí, y ahora su pasión es el Reino de Jesús. Afronta nuevos trabajos, se deja tocar y partir en una entrega ininterrumpida: «hanle nacido alas, ¿cómo se ha de contentar, pudiendo volar, de andar paso a paso?» (5M 2, 8).

Tiene la mirada puesta en Jesús y en la nueva humanidad del Espíritu. Más allá de las risas escépticas, el poder de Dios abre caminos de esperanza. Podemos ser creadores de vida. «¡Oh grandeza de Dios, y cómo mostráis vuestro poder en dar osadía a una hormiga! ¡Y cómo, Señor mío, no queda por Vos el no hacer grandes obras los que os aman, sino por nuestra cobardía y pusilanimidad! Como nunca nos determinamos sino llenos de mil temores y prudencias humanas, así, Dios mío, no obráis Vos vuestras maravillas y grandezas» (F 2, 7).

LA VOZ DEL AMADO

Teresa de Jesús cultivó la mirada como dinámica para el trato de amistad con Jesús, la cultivó y la aconsejó: «No os pido más que le miréis» (CV 26, 3), «poned los ojos en Él» (7M 4, 8). Pero no menos cultivó la escucha de la Palabra del Amado. Para Teresa, escuchar la voz del Amado «en un ver el alma, por una manera secreta, quién es este Esposo que ha de tomar» (5M 4, 4), que delicadamente nos enamora.

Siendo adolescente, cuando su padre la interna en Santa María de Gracia, su resistencia a permanecer en aquel lugar se disipa al escuchar la Palabra en boca de una monja; «comenzando a gustar de la buena y santa conversación de esta monja, holgábame de oírla cuán bien hablaba de Dios» (V 3, 1).

La escucha de la Palabra le hace experimentar el señorío de Cristo: «Quiere que entendamos se ha de hacer lo que quiere y se muestra señor verdadero de nosotros» (V 25, 1). Estando en una gran contradicción y fatiga experimenta la fuerza que tienen las palabras del Señor. «Solamente estas palabras bastaban para quitármela y quietarme del todo: *No hayas miedo, hija, que Yo soy y no te desampararé; no temas*. Heme aquí con solas estas palabras sosegada, con fortaleza, con ánimo, con seguridad, con una quietud y luz que en un punto vi mi alma hecha otra» (V 25, 18).

Siempre buscó directores espirituales que le aconsejaran con palabras de la Escritura. Así, cuando trata en Toledo con el Dr. Velázquez dice: «Me hizo gran provecho, porque me aseguraba con cosas de la Sagrada Escritura» (F 30, 1).

Cuando comenta algunos versos del Cantar de los Cantares es consciente «de los grandes misterios que este lenguaje encierra en sí, dicho por el Espíritu Santo» (Cp 1, 4). Teresa se estremece al poder decirle al Señor palabras tales: «Bésemelo con beso de tu boca. ¡Oh Señor mío y Dios mío, y qué palabra ésta para que la diga un gusano a su Criador! ¡Bendito seáis Vos, Señor, que por tantas maneras nos habéis enseñado! Mas ¿quién osara, Rey mío, decir esta palabra, si no fuera con vuestra licencia?» (Cp 1, 10).

Momentos de la escucha

La escucha de Teresa acontece en medio de la vida, «entre los pucheros» (F 5, 8), con la música del «nada te turbe» (P 9).

Propone que seamos como una nueva Betania, donde, como María, escuchamos la voz del Amado, la que delicadamente enamora. Para Teresa, Dios es el que tiene palabra.

La Palabra, escuchada en clave mística, más allá de dar información y decirnos lo que tenemos que hacer, nos desvela la presencia del Amigo que nos ama.

Momento de atención amorosa. Para esperar en silencio, con la lámpara encendida y la puerta abierta, la llegada de la Palabra del Amado. Lo más importante no es lo que tenemos que hacer, sino lo que tenemos que oír para después hacer. La crisis de Dios se cura con la pasión por Dios.

Momento de fertilidad. El objetivo de la Palabra es la nueva creación, «engalanada como una novia, ataviada para su Esposo» (Ap 21, 2).

Momento de responsabilidad. La escucha de la Palabra en la interioridad nos lleva a entablar un coloquio de gracia con la humanidad para contagiar a otros «las mercedes que Dios hace a quien le ama y le sirve» (5M 3, 1).

Momento de futuro. La Palabra permite contar la historia de otra manera.

El símbolo del amor nupcial

«¿Quién es éste?» (Mc 2, 41). «Cómo acaricia su voz, cómo resuenan sus acentos» (Cant 2, 14; 8, 13). Al oír la Palabra del Amado se despierta en el alma un amor nuevo: «Es un ver el alma, por una manera secreta, quién es este Esposo que ha de tomar» (5M 4, 4).

La visita del Amado deja huella: «En mil años no podría entender lo que aquí entiende en brevísimo tiempo» (5M 4, 4). Teresa recuerda que la finalidad de la palabra del Amado es la comunión honda con el ser humano en la interioridad: «Ya tendréis oído muchas veces que se desposa Dios con las almas... ¡Bendita sea su misericordia que tanto se quiere humillar!» (5M 4, 3).

Frutos de la escucha

La escucha de la Palabra crea en nosotros la capacidad de decir: «Hágase tu voluntad». Este es el mayor y mejor fruto.

La verdadera unión con Dios tiene que ver con «ir adelante en el servicio de nuestro Señor y en el conocimiento propio» (5M 3, 1).

La importancia de oírnos la fe, de oírnos el amor. Cuando alguien está enamorado quiere contar a todo el mundo la belleza del Amado.

Vivir alerta. Los dones no son garantía de fidelidad. ¿Cómo proteger la hermosura de la interioridad habitada? La Virgen María nos enseña a proteger la belleza de la Palabra guardándola en el corazón, en lo más íntimo, para no perder este divino desposorio de la Palabra con nosotros. «He conocido personas muy encumbradas, y llegar a este estado y con la gran sutileza y ardid del demonio, tornarlas a ganar para sí» (5M 4, 6).

Ojo con las virtudes fingidas y con confundir amor con sentimiento. «Si no vienen después conformes las obras, no hay para qué creer que lo haremos» (5M 3, 10). El amor a los demás es la mejor señal de que hemos escuchado y guardado la Palabra en el corazón. «Si entendiéseis lo que nos importa esta virtud (amor del prójimo), no traeríais otro estudio» (5M 3, 10). «Esta es la verdadera unión con su voluntad, y que si vieres loar mucho a una persona te alegres más mucho que si te loasen a ti» (5M 3, 11).

«REMA MAR ADENTRO» (Lc 5, 4)

¿Qué pasa cuando viene la noche oscura? ¿Qué sucede cuando no entendemos lo que nos ocurre? ¿Por qué hila Dios nuestra vida con hilos oscuros? ¿Entramos más adentro para explorar el terreno de la fe, o nos quedamos con nosotros mismos convertidos en estatuas de sal? ¿Qué hacer para no abandonar el seguimiento de Jesús cuando vienen las dificultades? «¿También vosotros queréis marcharos? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6, 67). En medio de la noche, «el Espíritu nos guía hasta la verdad completa» (Jn 16, 13).

¿Qué pedagogía usa Teresa? Teresa aporta luz para estos momentos de oscuridad desde su experiencia. Afronta la noche sabiéndose amada por Dios y permaneciendo en ese amor: «Estar con quien sabemos nos ama» (V 8, 5). Ella tiene claro en quién tiene que poner los ojos: en Jesús. «Juntos andemos, Señor. Por donde fuereis, tengo de ir. Por donde pasareis, tengo de pasar» (CV 26, 6). Cuando Teresa mira a Jesús ve que termina en la noche, en la cruz.

Otra cosa que Teresa tiene clara es que ni la oscuridad, ni el vacío, ni la humillación vienen nunca de Dios. Un Dios que solo sabe amar es incapaz de producir cualquier tipo de negatividad. Lo que pasa es que cuando experimentamos la verdadera libertad, la que viene de Dios, descubrimos nuestras propias esclavitudes. El amor de Dios hace aflorar nuestras historias de desamor, su paz nos hace ver nuestras propias violencias.

¿Por qué ir más adentro? Responde Teresa: porque «está ganoso de hacer mucho por nosotros»; «no está deseando... sino tener a quién dar» (6M 11, 1; 4, 12). Dios sabe lo que nos hace falta para llegar al profundo centro. Él nos invita a una fiesta de luz y amor. Quiere hacer mucho por nosotros. Se alegra de ser Dios para poder darse como Dios. Nos lanza a un viaje increíble de libertad y alegría.

La noche oscura

Teresa de Jesús no habla de oídas. También aquí, habla por experiencia. Cada uno es guiado por un camino: «Lleva el Señor a cada uno como ve es menester» (6M 8, 10). Al mirar de cerca a cada persona quedamos admirados de las trazas de Dios para unirse con las personas. Son muchas las maneras que tiene Dios de poner incienso en nuestro fuego. Su luz hace ver en la oscuridad. Su libertad hace caminar en la esclavitud. Su amor teje historias de amor con el desamor. Su paz hace nosotros artesanos de paz en las violencias.

Teresa de Jesús *experimenta la noche en su interior*. Su psicología se oscurece. Las enfermedades del cuerpo y las del alma, que son las peores, «porque descomponen lo exterior e interior de manera que aprietan al alma que no sabe qué hacer de sí... aunque no da Dios más de lo que se puede sufrir» (6M 1, 6).

Vive la noche en las relaciones con los demás. Entre Teresa de Jesús y sus amigos se interponen la incomprensión y el aislamiento. Los que tenía por amigos se apartan de ella y son los que le dan mayor bocado. Dicen que qué se ha creído, «que se hace santa... que hace extremos para engañar al mundo y para hacer a otros ruines; que son mejores cristianos sin estas ceremonias» (6M 1, 3). Teme que, según andas las cosas, ni la quieran confesar (cf. 6M 1, 4).

Sufre la noche en su relación con Dios. Se alejan de ella la luz y la certeza. Esto es lo más duro, la ausencia mayor, el dolor más hondo. ¿Será mi amor al Señor una ilusión? «Vienen unas sequedades que no parece jamás se ha acordado de Dios ni se ha de acordar, y que como una persona de quien oyó decir desde lejos, es cuando oye hablar de Su Majestad» (6M 1, 8).

¿Por qué no abandona? (cf. Sal 73)

La experiencia de saberse amada es fundamental para no abandonar al Señor en la noche. Está enamorada y «determinada a no tomar otro esposo» (6M 1, 1). En toda circunstancia, incluida la noche, aconseja: «Creedme que es lo más seguro no querer sino lo que Dios quiere, que nos conoce más que nosotros mismos y nos ama» (6M 9, 16). Dinámicas que nos transmite Teresa:

Certeza de la actuación de Dios en la noche. «Hasta de noche instruye internamente» (Sal 15). Dios se comunica en «lo muy interior del alma» (6M 2, 1; 3, 12; 6, 10). Abarca la persona entera, como si «robaba el alma para sí» (6M 4, 9). Su acción es arrebatadora, «con su ímpetu grande se levanta una ola tan poderosa que sube a lo alto esta navecita de nuestra alma» (6M 5, 3). Su actuación es radicalmente renovadora, actúa «hablando y obrando» (6M 3, 5). Es fiel, siempre está y se hace notar: «claramente le parece que está con ella su Dios» (6M 2, 3).

Los dones de Dios enamoran. Solo «Él solo es verdad» (6M 10, 6); y es men- tira «todo lo que no conduce a Él». La noche es una gracia y queda la persona «harto despierta para amar y dormida para arrostrar a asirse a ninguna criatura» (6M 4, 14).

Todas las gracias de la noche son «para más desear a Dios» (6M 2, 1). Parece que no hemos hecho nada por Jesús: «Estaba muy afligida delante de un crucifijo..., considerando que nunca había tenido qué dar a Dios ni qué dejar por Él» (6M 5, 6).

La noche limpia y ahonda la interioridad. Más allá de las razones, nos coloca en el terreno del abandono confiado. «Huya mil veces de 'razón tuve', 'hiciéronme sinrazón', 'no tuvo razón quien esto hizo conmigo'... De malas razones nos libre Dios» (C 13, 1).

LA EXPERIENCIA TRINITARIA

La pedagogía de Teresa de Jesús orienta hacia la interioridad habitada por el misterio de la Trinidad y hacia una manera de vivir la vida en comunión.

Mujer dotada por naturaleza para la amistad, vivió la relación como un don y una tarea. Las quince mil cartas, que se calcula escribió en los últimos veinte años de su vida, y los relatos que hace de las fundaciones son un claro testimonio de que está habitada por muchos nombres. «Gran mal es un alma sola» (V 7, 20), será una de sus consignas. Pero, sobre todo, fue la comunicación de la Trinidad con la insignificancia de su ser, lo que la llenó de asombro.

Creer más y más

La Trinidad es la fuente y el culmen de la pedagogía de la oración. «Él mismo dice que nos crio a su imagen y semejanza» (1M 1, 1). «Si bien lo consideramos, no es otra cosa el alma del justo sino un paraíso adonde dice Él tiene sus delei-

tes» (1M 1, 1). Teresa se atreve a creer de Dios más y más. Se siente ensanchada por Dios, capacitada para amar. Sabe que no se ha hecho a sí misma, que ha sido Dios quien la ha creado y recreado. «Quien no creyere que puede Dios mucho más y que ha tenido por bien y tiene algunas veces comunicarlo a sus criaturas, que tiene bien cerrada la puerta para recibirlas. Por eso, hermanas, nunca os acaezca, sino creed de Dios mucho más y más» (5M 1, 8).

Teresa invita a habituarnos a estar y vivir en nuestro hábitat: en la Trinidad. Hay una fuente de vida en nuestra interioridad; el Espíritu enseña el arte de caminar hacia ella.

La comunicación de la Trinidad

La comunicación de la Trinidad con nosotros en la interioridad llenó de asombro a Teresa de Jesús. Ella quiere contagiarnos a nosotros ese mismo asombro. «Mientras más supiéremos que se comunica con las criaturas, más alabaremos su grandeza y nos esforzaremos a no tener en poco almas con que tanto se deleita el Señor» (7M 1, 1).

En uno de sus textos más apasionados y apasionantes, Teresa intenta expresar la fascinación que le embarga ante la comunicación de la Santísima Trinidad: «Aquí se le comunican todas tres Personas, y la hablan, y la dan a entender aquellas palabras que dice el Evangelio que dijo el Señor: que vendría El y el Padre y el Espíritu Santo a morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos» (7M 1, 6). «¡Cuán diferente cosa es oír estas palabras y creerlas, a entender por esta manera cuán verdaderas son!... En lo interior de su alma, en lo muy muy interior, en una cosa muy honda... siente en sí esta divina compañía» (7M 1, 7).

Testigos asombrados

La Trinidad es una fuente inagotable de santidad. «¡Oh Trinidad eterna!, tú eres un mar sin fondo en el que, cuanto más me hundo, más te encuentro; y cuanto más te encuentro, más te busco todavía. De ti jamás se puede decir: ¡basta! El alma que se sacia en tus profundidades, te desea sin cesar, porque siempre está deseosa de ver la luz en tu luz» (santa Catalina de Siena).

Por su parte, Isabel de la Trinidad dice que «querría contar muy bajito este secreto a todos los que amo para que también ellos se unan a Dios». «No tengo miedo a mi debilidad... porque Dios está en mí».

La experiencia del misterio de la Trinidad, dice Teresa de Jesús, nos hace mensajeros del Evangelio. «¡Oh gran Dios!, parece que tiembla una criatura tan miserable como yo de tratar en cosa tan ajena de lo que merezco entender» (7M 1, 2). A pesar de ello, quiere salir a la calle y gritar: «Sea Dios alabado y entendido un poquito más, y gríteme todo el mundo» (7M 1, 2). El amor es la forma más bella que hay de contar a Dios.

Frutos de la presencia de la Trinidad en la interioridad

La sola convivencia no colma los vacíos que experimentamos en nuestro interior. La comunidad pide comunicación. El encuentro con la Trinidad en la interioridad hace vivir.

La persona encuentra mejoría en todo: «En todo se hallaba mejorada» (7M 1, 10). Aparece el eco insospechado de la gratuidad, que avanza hasta las orillas.

Cada persona es morada de Dios. De ahí viene la dignidad y belleza de todo ser humano. Teresa vive esta dignidad con tal intensidad que no permitía que en su presencia se hablase mal de nadie. «Vínose a entender que adonde yo estaba tenían seguras las espaldas» (V 6, 3).

Dinamismo en el hacer y en el servir. «Pareceros ha que, según esto, no andará en sí, sino tan embebida que no pueda entender en nada. Mucho más que antes, en todo lo que es servicio de Dios» (7M 1, 8). La mirada al misterio de la Trinidad dentro de nosotros nos lleva a mirar a toda periferia para hacernos cargo de los más pequeños y ponerlos en el centro de la solidaridad. El amor a los más pobres facilita el encuentro con Dios.

NUESTRA VIDA ES CRISTO

Lo más original del evangelio de Teresa de Jesús es su palabra acerca de Cristo. Ella es Teresa de Jesús. Su vida es una experiencia de amor a Jesús y, sobre todo, de un amor total de Jesús a ella: «¡Oh vida de mi vida, y sustento que me sustentas!» (7M 2, 4). Uno tiene ganas de asomarse al corazón de Teresa, como quien se asoma a un paisaje, para disfrutar de tanta belleza.

Teresa no tiene miedo a utilizar el lenguaje del amor para referirse a su relación con Jesús. Con gran una libertad, que siempre llama la atención, comenta los versos del Cantar de los Cantares, por ejemplo, el verso «bésame con beso de su boca»: «¡Oh Señor mío y Dios mío, y qué palabra ésta, para que la diga un gusano a su Criador! ¡Bendito seáis Vos, Señor, que por tantas maneras nos habéis enseñado!» (Cp 1, 10).

Su pedagogía es experiencial. No entiende la vida de otra manera que no sea para vivirla con Jesús. Teresa es de Jesús, y Jesús es de Teresa. A esta madurez afectiva ha llegado tras larga caminata. «Después que vi la gran hermosura del Señor, no veía a nadie que en su comparación me pareciese bien» (V 37, 4). Lo importante, dirá, es «no perder el camino» (V 19, 15). «A mí no me harán confesar que es buen camino (abandonar la humanidad de Jesús)... y mirad que oso decir que no creáis a quien os dijere otra cosa» (6M 7, 5).

Su palabra es testimonial: «Miren lo que ha hecho conmigo, que primero me cansé de ofenderle, que su Majestad de perdonarme. No nos cansemos nosotros de recibir» (V 19, 15). «No os quedó a Vos nada por hacer» (V 1, 8), reconoce admirada.

Nos deja, como un desafío, las palabras que ella escuchó de Jesús: «Alma, buscarte has en mí y a Mí buscame has en ti» (P 8). La interioridad, como conciencia de ser amados, es «donde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma» (1M 1, 3), donde tienen lugar las búsquedas y el encuentro.

Provocadora de encuentros con Jesús

Teresa de Jesús, que ha corrido conscientemente el riesgo del encuentro con Cristo, no deja de hablar de Él. ¿Qué amor es el que no siente la necesidad de hablar del ser amado? Jesús la ha cautivado, la ha enamorado. Todo es importante en su vida, pero lo que ella más desea es que su vida sea un evangelio de Jesús, un signo de Jesús.

Su mayor deseo es provocar encuentros con Jesús. Tiene prisa por poner junto a Jesús a quien se acerca a ella. En una ocasión, ante el gozo que le ha producido encontrarse con una persona que le gusta, manifiesta, de esta manera, su complicidad con Jesús: «Mirad que es bueno este sujeto para nuestro amigo» (V 34, 8).

Constantemente está lanzando guiños al lector para que mire, escuche, se relacione, ame, viva con Cristo. «Con tan buen amigo presente, con tan buen capitán que se puso en lo primero en el padecer, todo se puede sufrir: él ayuda y da esfuerzo; nunca falta; es amigo verdadero» (V 22, 6). «¿Qué más queremos de un tan buen amigo al lado, que no nos dejará en los trabajos y tribulaciones, como hacen los del mundo? Bienaventurado quien de verdad le amare y siempre le trajere cabe sí» (V 22, 7).

Sus escritos están llenos de consignas referidas a Cristo: Pon «los ojos en Él» (V 35, 14); «mira que te mira» (V 13, 22); no tengáis miedo, que «no se espanta de las flaquezas de los hombres» (V 37, 6); no dudes de que está junto a ti (cf. V 27, 3); mira «a quien sabes que te ama» (V 8, 5); que estés con Él, «esto es lo que quiere» (V 17, 4).

Experiencia de Jesús

Teresa de Jesús nos invita a mirar a Jesús dentro de nosotros, a decir lo que es para nosotros. Ella utiliza imágenes para expresar lo que es vivir la vida con Cristo. «Es como si cayendo agua del cielo en un río o fuente, adonde queda hecho todo agua, que no podrán ya dividir ni apartar cuál es el agua del río, o lo que cayó del cielo; o como si un arroyito pequeño entra en la mar, no habrá remedio de apartarse; o como si en una pieza estuviesen dos ventanas por donde entrase gran luz; aunque entra dividida se hace todo una luz» (7M 2, 4).

Las dinámicas del encuentro con Jesús las expresa de esta manera:

Diálogo entre iguales. Desde la atalaya donde se ven verdades, —«todas las demás verdades dependen de esta verdad, como todos los demás amores de este amor, y todas las demás grandezas de esta grandeza» (V 40, 4)—, Teresa

de Jesús proclama con gozo que entre Jesús y nosotros se da un diálogo entre iguales. «A la verdad, como es Señor, consigo trae la libertad, y como nos ama, hácese a nuestra medida» (CV 28, 11).

Una de sus poesías más bellas manifiesta este misterio de igualdad, de amor entre Jesús y cada persona que acepta mirarle y dejarle entrar en su vida.

Juntáis quien no tiene ser
con el Ser que no se acaba;
sin acabar acabáis,
sin tener que amar amáis,
engrandecéis nuestra nada (P 6).

Lo mío es tuyo, lo tuyo es mío. «Ya era tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas, y Él tendría cuidado de las suyas» (7M 2, 1). El progreso en la relación de amistad con Jesús se manifiesta en la entrega de la persona a los asuntos del Amigo.

Entrega total. Jesús es el que todo lo da. «Porque de aquellos pechos divinos adonde parece está Dios siempre sustentando el alma salen unos rayos de leche que toda la gente del castillo conforta» (7M 2, 6). La respuesta a tanto amor es, también, la entrega: «¿Qué hace, Señor mío, quien no se deshace toda por Vos? ¡Y qué de ello, qué de ello, qué de ello –y otras mil veces lo puedo decir– me falta para esto!» (V 39, 6).

Frutos del encuentro con Jesús

La pedagogía de Teresa consiste en decirnos que Jesús es nuestro mejor retrato, nuestro mejor encuentro. Es un lujo de alegría dar con Él. Su paso deja en nosotros «*un grandísimo deleite*» (7M 2, 3).

Para Teresa, Jesús es el amigo de dar: «¿Quién más amigo de dar, si tuviese a quién?» (F 2, 7). Todo nuestro bien *consiste* en aprender a recibir: «Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes» (V 22, 7). Vivir la amistad con Jesús es estar dispuestos a recibir.

Yo estoy con vosotros (Mt 28, 20). La presencia del Amigo es fundamental para Teresa de Jesús; no sabe ni quiere vivir sin ella. La palabra de Jesús: «Yo estoy en ellos» (Jn 17, 23) es la que ha sustentado su vida y puede sustentar la nuestra. La promesa «que Cristo andaría con nosotras» (V 32, 11) es, también, una promesa para nosotros. Solo con Él podemos recorrer los caminos del evangelio.

Mi alegría nadie os la podrá quitar (Jn 16, 22). La presencia enamorada de Dios deja en el alma una experiencia de gozo. «Es sobre todos los gozos de la tierra y sobre todos los deleites y sobre todos los contentos» (5M 1, 6).

Mi paz os dejo (Jn 14, 27). Para Teresa la amistad con Jesús deja en los adentros el don de la paz. A pesar de todo «el alma se está en paz», «no se le pierde la paz», «nada le quita la paz» (7M 2, 10; 2, 6; 2, 9).

Os envío (Jn 20, 21). Teresa es testigo de que la experiencia mística de amistad con Jesús lleva a vivir una cotidianeidad transfigurada. Para vivir la mística en medio de la vida, sin divisiones ni dualismos. Teresa de Jesús invita a vivir con realismo. La experiencia mística no se aleja de lo humano. «Estoy tan baratona y negociadora que ya sé de todo» (Ct a Lorenzo de Cepeda, 17 enero 1570, 5).

CUANDO EL MISTERIO SE ASOMA EN LA VIDA. UNA FORMA DE NARRAR EL AMOR

La última palabra de Teresa en las Moradas es sorprendente. El Espíritu realiza en nosotros una nueva encarnación. Jesús va delante. Nos espera en Galilea. Hablar con Dios nos lleva a hablar bien de la creación, de las personas, de la vida de cada día. Habla bien de Dios, y del trato de amistad con Él, un modo de ser humanos. Teresa nos ha enseñado a decir «no» a una espiritualidad desencarnada. De la soledad vamos al mercado; del silencio a la compasión; de la interioridad al espesor de la vida, donde nos esperan los dolores y gozos de las gentes. Tanta semilla de Dios, sembrada en la interioridad, termina dando fruto. Este encuentro con la vida no significa abandonar a Dios.

«¡Cuánto queréis a los hijos de los hombres!, que el mayor servicio que se os puede hacer es dejaros a Vos por su amor y ganancia y entonces sois poseído más enteramente» (E II, 2).

Humildes a lo largo de todo el camino

La humildad, que nos ha acompañado a lo largo del camino de la oración, sigue acompañándonos ahora. Las obras ya no son exhibición, sino epifanía de la Trinidad. Las virtudes son de raíz. «No hagamos torres sin fundamento, que el Señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen; y como hagamos lo que pudiéremos, hará Su Majestad que vayamos pudiendo cada día más y más, como no nos cansemos luego» (7M 4, 15).

La humildad nos lleva a la alabanza: «Sea por siempre alabado, amén» (7M 4, 3). La humildad nos enseña a convivir con la debilidad, la nuestra y la de los demás, sin escandalizarnos por ello (cf. 7M 4, 8).

Abrimos las manos para recibir y los labios para decir «tú», que es el lenguaje del amor. «Toda la memoria se le va en cómo más contentarle y en qué o por dónde mostrará el amor que le tiene» (7M 4, 6).

El para qué de la oración

Teresa lo dice con claridad: «Para que nazcan siempre obras, obras» (7M 4, 6). «Si Su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos, ¿cómo queréis contentarle con sólo palabras?» (7M 4, 8).

De la oración nacen energías de compasión y servicio. Todo lo que Dios da «¿es para que se echen a dormir? ¡No, no, no!» (7M 4, 10).

Las obras buenas hay que hacérselas, en primer lugar, a los que están más cerca. «Diréis que esto no es convertir, porque todas son buenas. ¿Quién os mete en eso? Mientras fueren mejores más agradables serán sus alabanzas al Señor y más aprovechará su oración a los prójimos» (7M 4, 15).

Los frutos de la tierra buena (cf. Mc 4, 8.20)

En nuestro corazón, donde se hacen presentes las fuentes de la vida, teje el Espíritu una historia de amor y servicio, de discipulado y misión. Es posible mirar la vida de tal manera que los pobres y los que sufren se alegren en las entrañas.

Todo es para gloria de Dios y gloria del ser humano. «Toda está empleada en procurar la gloria de Dios, que parece que las palabras que le dijo Su Majestad hicieron efecto de obra, que fue que mirase por sus cosas, que él miraría por las tuyas... Parece ya no es ni querría ser en nada nada» (7M 3, 2).

Un deseo de identificarse plenamente con Cristo. Cristo es la vida del orante. «¿Qué queréis, Señor, que haga? De muchas maneras os enseñará allí con qué le agradéis» (7M 3, 9).

Amor a los enemigos. Se ha secado en el alma la fuente de los odios y ha brotado, esplendente, la fuente del amor (cf. 7M 3, 5).

Dar vida con creatividad para bien de los demás. «No desean por entonces verse en la gloria: su gloria tienen puesta en si pudiesen ayudar en algo al Crucificado» (7M 3, 6).

Advertencias finales

Llegamos al final del camino diseñado por Teresa de Jesús. Hemos recorrido las dinámicas que ella ha ido trazando para nosotros. Es hora de recapitular y recoger sus advertencias como un gran resumen de todo:

1. Dios es la fuente de la vida.
2. Se puede ser amigo de Dios en esta vida.
3. El camino hay que hacerlo con amplitud, con suavidad.
4. El servicio no aleja de Dios. «Aunque mucho estéis fuera por su mandato, siempre cuando tornareis, os tendrá la puerta abierta» (Epil. M 2).
5. Una mirada a los otros o el gozo de la espiritualidad de la comunión. Dios tiene muchos caminos para comunicar su amor. «Poderoso es el Señor de enriquecer las almas por muchos caminos» (5M 3, 4). Es un lujo vivir «con amigos fuertes de Dios» (V 15, 5).